

LUIGI GIUSSANI



**¿SE PUEDE
(verdaderamente)
VIVIR ASÍ?**

LA CARIDAD

¿Se puede (verdaderamente) vivir así?
La caridad



100XUNO

Luigi Giussani

¿Se puede (verdaderamente)
vivir así? / 3

La caridad

Traducción de Carmen Giussani



Título en idioma original: *Si può (veramente?!) vivere così?*

© 1996 BUR Rizzoli

© Fraternità di Comunione e Liberazione

© Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2025

Traducción de Carmen Giussani

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección 100XUNO, n° 145

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Cofás-Madrid

ISBN: 978-84-1339-227-1

Depósito Legal: M-7109-2025

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

NOTA INTRODUCTORIA	7
PRESENTACIÓN	9

¿SE PUEDE (VERDADERAMENTE) VIVIR ASÍ? LA CARIDAD

I. LA CARIDAD

1. COMENTARIOS Y DIÁLOGOS.....	15
2. CARIDAD: SÍNTESIS	54

II. EL SACRIFICIO

1. UN PUEBLO LLENO DE CANTOS.....	59
2. NATURALEZA DEL SACRIFICIO.....	63
3. DIÁLOGOS.....	73

III. LA VIRGINIDAD

1. LA PALABRA COLMADA DE ETERNIDAD Y DE AMOR.....	81
--	----

2. LA ANUNCIACIÓN A MARÍA	100
3. ELOGIO DE LA SENCILLEZ	111
4. EL CIENTO POR UNO AQUÍ EN LA TIERRA.....	124
5. DIÁLOGO SOBRE EL CAMINO DE TODO EL CURSO.....	131
6. ACONTECIMIENTO Y MORADA.....	144
ÍNDICE DE NOMBRES Y OBRAS.....	157

NOTA INTRODUCTORIA

¿*Se puede vivir así?* (Encuentro, Madrid 1996, 2023) es un libro nacido como transcripción fiel de los coloquios desarrollados por don Luigi Giussani con un centenar de jóvenes, decididos a comprometer su vida con Cristo en una forma de entrega total. Dicho libro fue el punto de referencia para el diálogo mantenido por el mismo Giussani con dos grupos de jóvenes que iniciaron el camino del noviciado en los *Memores Domini* durante los cursos 1994/95 y 1995/96. Los encuentros semanales de formación se dedicaban alternativamente a lecciones, en las que se comentaban los pasajes fundamentales del texto ya publicado ¿*Se puede vivir así?*, y a momentos de asamblea sobre dichas lecciones. El libro que ahora presentamos refleja los frutos de ese trabajo:

- la parte central de cada capítulo reproduce los diálogos con los jóvenes;
- un apartado por capítulo explicita sintéticamente la naturaleza de la virtud descrita y los pasajes fundamentales en los que se articula la lección;
- algunos capítulos contienen apartados dedicados a temas específicos, según iban surgiendo en el transcurso del año (problemas o aspectos de la vida afrontados con particular atención, preocupaciones de método, propuesta de algunos pasajes de literatura).

Para facilitar la utilización de este libro como instrumento de profundización del volumen precedente, los comentarios y las preguntas se han ordenado conforme a la articulación de las lecciones de *¿Se puede vivir así?* a las que hacen referencia. Para identificar inmediatamente las distintas partes del libro, los pasajes de *¿Se puede vivir así?* se reproducen con un cuerpo de letra más pequeño y con un sangrado distinto, mientras que todas las intervenciones de los jóvenes se reproducen en cursiva.

La presente edición reproduce los textos de la edición original italiana correspondientes a la tercera parte del volumen original, dedicada a la virtud de la *caridad*, junto con su condición esencial, el *sacrificio*, y su consecuencia práctica, la *virginidad*.

¿Se puede (verdaderamente) vivir así? *La caridad* es el tercer tomo que completa la trilogía dedicada a las tres virtudes teologales.

PRESENTACIÓN

¿De qué modo podemos aprender, aunque sea balbuciendo, un lenguaje nuevo y verdadero, el lenguaje de la verdad de las cosas? A dos amigos se les une la compañía de un tercero que, desde hace ya algún tiempo, está habituado a mirar las cosas de un cierto modo, a leer las frases considerándolas despacio, repitiendo pausada y detalladamente las palabras más importantes. «¿Qué significa esta palabra que retorna una y otra vez y que nos han dicho que es la más importante?». Al principio uno se lo plantea personalmente, luego pregunta a otro, después los dos le preguntan a una persona mayor que ellos. Entonces leen juntos, estudian de memoria la expresión que parece difícil pero es bella. Y es bella porque dice algo verdadero, dice la verdad. Lo verdadero se disfruta solo al comprender el contenido de lo que se dice; no se saborea ni se gusta porque *placet auribus*, porque regala el oído. Y cuando hay una palabra que los tres no consiguen aclarar bien, que no consiguen entender del todo por qué forma parte del discurso, entonces los tres se dirigen al que ha formulado el discurso para preguntarle: «¿En qué sentido esta palabra forma parte del discurso?». Y entre los cuatro la pregunta se resuelve mejor que entre tres.

Así concebían el estudio los medievales. Sus libros lo demuestran: el texto correspondía a un pasaje de la Escritura que había que examinar, valorar y estudiar; los márgenes eran tan amplios que, mientras

se leía el texto en la escuela y cada uno aportaba sus consideraciones, llegados a un cierto punto todos escribían en ellos el resultado de la discusión que el maestro les había ayudado a comprender persuasivamente. «El resultado de la discusión es este: la caridad es don, don gratuito y total». Por eso, en los márgenes de los libros medievales de los estudiantes universitarios de Bolonia encontramos escrito: «La caridad es don...». Es el comentario final al problema abordado, la explicación del texto.

Pero la verdadera escuela son aquellos dos. O, mejor dicho, aquellos tres, porque sin un maestro no hay escuela; sin alguien que ya haya dado ciertos pasos y, por consiguiente, indique la dirección inmediata a tomar, no hay escuela. O quizás, aún mejor, aquellos tres junto a quien es el responsable de lo que se dice y de cómo se dice, de cómo se defiende un concepto que se pretende definir. Esta es la escuela que permite retener lo verdadero y, sobre todo, la que nos introduce en la comprensión de qué tiene que ver eso con nuestra vida diaria.

No es algo que se refiere al más allá, sino a este mundo, porque el mundo venidero será la consecuencia, la continuidad de algo que ya empieza en este mundo. Porque, puesto que estamos hechos por el Ser, o sea, por Dios, el otro mundo no será otra cosa que la manifestación visible de nuestro ser como hechura de Dios, por tanto, una manifestación visible que se despliega necesariamente como amor. Se podría decir que el más allá, o lo eterno, es el fundamento «necesario» de todo lo que es verdadero, cuyo color apenas se vislumbra en este mundo, como si fuera algo que siempre puede pasar desapercibido. En este mundo podemos siempre equivocarnos, pero lo eterno es la verdad de la realidad misma.

El presente texto nace de este modo de concebir la escuela, la enseñanza y el aprendizaje.

¿SE PUEDE
(VERDADERAMENTE)
VIVIR ASÍ?
LA CARIDAD

I. LA CARIDAD

1. COMENTARIOS Y DIÁLOGOS

Puede parecer inútil o cuanto menos equívoco que, para hablar de Jesús y de Dios, tengamos que emplear tantas palabras y adentrarnos en los vericuetos del pensamiento.

Lo pensaba antes, mientras cantabais: «Y en el ocaso fúlgido nuestros corazones se sumerjan en Ti»¹. ¿Es cierto o no que cantar este verso nos hace conocer más a Jesús? Todo depende del corazón de cada uno. Si uno no tiene el corazón abierto, «Y en el ocaso fúlgido nuestros corazones se sumerjan en Ti» parece no definir nada de lo que es Dios, parece la pura expresión de un sentimiento, la paráfrasis de quién sabe qué cosas, puede parecer incluso un decir, en el fondo, vano. Y, sin embargo, qué distinto es si uno trae a su memoria el ocaso en un atardecer de verano, con el sol que se sumerge en el mar y ese tripudio de luces, y ese mar de luces sobre el mar que es el mismo mar... [se percibe físicamente una realidad que existe, *ndt.*]

Aquí no se dice «y en el ocaso fúlgido nuestros corazones se sumerjan en él [en el mar]», sino «nuestros corazones se sumerjan *en Ti*». Establece una comparación inmediata entre el mar de luces que el sol arrastra consigo, cuando el cielo se tiñe de rojos al atardecer, y

¹ Cf. «Y en el ocaso fúlgido la vida, en Ti, recobre paz», la traducción de este verso adaptada a la melodía, pertenece al himno para la Hora intermedia «Eterno, inmutable Dios», en L. Giussani, *Toda la tierra anhela ver tu rostro*, Encuentro, Madrid 2018, pp. 73-76.

Dios; plantea una comparación entre estas dos realidades que ilumina quién es Dios: es como un mar de luces, como el sol que al atardecer arrastra consigo los colores del mar, tiñendo de rojos la inmensidad de las aguas. Dios es un océano infinito, Dios es un mar de luces: son comparaciones. Sin embargo, el niño comprende las cosas mediante una comparación y no por una definición filosófica. Cuando uno comprende que delante del Misterio es realmente como un niño, entonces siente avidez por escuchar todas las palabras que se pueden decir acerca del misterio de Dios, sobre todo, las más iluminadoras. Si uno tiene el hambre y la sed necesarias, y la sencillez de corazón necesaria, todas las palabras que se pueden decir le iluminan, le aclaran más, le hacen entender mejor. Sin embargo, en el noventa y nueve por ciento de los casos vosotros “soportáis” esta comparación, la pasáis por alto, no os fijáis en ella, por lo cual, nunca podrá enriquecer vuestra filosofía, o sea, nunca llegará a ser un pensamiento vuestro, que os define. ¿No me explico? La mayoría de vosotros, la mayoría de las veces, no establece este nexo. Cantabais —con un buen tono, algo lento, con cierta devoción, con cierta emoción furtiva— «y en el ocaso fúlgido nuestros corazones se sumerjan en Ti», pero sin pensarlo. Nunca pensáis en ello. Por eso la comparación no os ilumina, no añade nada a vuestro conocimiento de Dios. Y por lo que respecta al conocimiento de Jesús, menos aún, porque se refiere a un hombre. ¿Qué tiene que ver el sol que se pone en el mar, el sol que tiñe de rojos el horizonte, con un hombre que se despide de su madre diciendo: «Adiós, tengo que irme»? No pensáis nunca en ello. Mientras que, para quien repara en ello, cualquier palabra, afirmación o pensamiento, cualquier nexo ilumina el conocimiento de este hombre, que es Jesús. El sol que se pone en el mar y el mar que se tiñe de fuego iluminan la cara de este hombre, iluminan el corazón de este hombre y el temperamento de este hombre. Entonces yo le quiero más, porque mi vida se ve iluminada, esclarecida, enardecida, definida por él.

No se puede pensar que se conoce a Jesús sin pasar por el trámite didáctico de pensamientos expresados, de palabras dichas y

explicadas y vueltas a explicar, y no entendidas y vueltas a retomar, para averiguar, en su momento, que el conocimiento y la explicación se vuelven luminosos como por encanto, y no a fuerza de repetir, analizar o deducir.

Oír decir «y en el ocaso fúlgido nuestros corazones se sumerjan en Ti», ¿es hermoso o no? O bien: *Rerum Deus, tenax vigor*² (Dios, consistencia tenaz, perseverante, vigor de todas las cosas). ¡Vaya si es hermoso! Es hermoso porque es justo, y es justo en el sentido de que, repitiéndolo conscientemente, este germen de explicación me va cambiando, me hace distinto que antes.

No se puede conocer a Dios, no se puede reconocer a Jesús más que a través de la progresión de palabras y de pensamientos que el hombre halla en su experiencia y que formula. Del mismo modo, no podemos ir a Jesús —y por él al Padre— más que a través de hombres que forman una determinada compañía que se llama Iglesia. Y no se dice nada acerca del carácter de los que la componen; pueden ser todos antipáticos, o bien ¡sobremanera simpáticos!

Y a propósito de este «sobremanera» introduzco una segunda reflexión, que me vino a la cabeza al leer la nota de una de vosotros. Escribe en forma de oración a Dios: «Me gustaría conocerte mejor, pero sin este remolino de palabras [esta polvareda de palabra y pensamientos] que, en el fondo, no expresan más que ciertas contrafiguras». Contrafiguras: cuando os hablo, mi papel es como el de una contrafigura. Precisamente porque no se escucha a Dios más que a través de un testigo, de alguien que habla y os comunica sus pensamientos; precisamente porque no se escucha a Dios y no se conoce a Dios más que a través de otros hombres, estos pueden ser percibidos como contrafiguras o dobles. Cuando se graban ciertas escenas de una película, el doble actúa en lugar del actor protagonista, del

² «*Rerum Deus, tenax vigor, immotus in Te permanens, lucis diuturnae tempora successibus determinans...*», himno de la Hora Nona del Misal Ambrosiano, n. 25 (de la XVIII a la XXXII semana del Tiempo Ordinario), Marietti, Milán 1984, vol. V, p. 47; la traducción es nuestra.

protagonista real. La gente, que lo ignora, mira al doble con el mismo entusiasmo con el que otros, que sí lo saben, piensan en el actor al que el doble sustituye en esa escena (y notan muy bien la diferencia enorme). Ahora bien, cuando pensamientos y palabras se expresan como una simple forma de hablar —para llenar el tiempo o satisfacer ciertas curiosidades banales—, quien se impone mediante esos pensamientos y palabras lo hace como una contrafigura o un doble. La atención, que esas palabras y pensamientos suscitan hacia Cristo, se detiene en una contrafigura. Por lo tanto, en lugar de ser un trámite, un punto de paso obligatorio —y menos mal que es obligatorio, porque así uno sabe por dónde ir y está seguro de adónde va—, en lugar de ser un punto de paso, acaba siendo un punto de llegada. La contrafigura se convierte en un punto de llegada o, por lo menos, en una parada excesiva; se identifica demasiado el nombre de Jesús con el nombre y apellido de la contrafigura, o bien se identifica a Dios con el efecto que la contrafigura tiene sobre el temperamento o el estado de ánimo.

Lo que pretendía decir con todo esto es que, para entender qué es la caridad, no solo hay que hablar de ella sino que hay que hacerlo repetidamente. Y solo así puede salir a la luz ese hilo de oro puro que es la caridad, porque es a través de palabras y pensamientos como expresamos algo que no cabe en ninguna palabra ni pensamiento, porque es mucho más que eso.

Dionisio el Areopagita, un escritor del siglo V, decía que Dios es persona, pero también que es algo más porque, siendo Dios, es la suma personalidad³. «Suma personalidad» supera el concepto que

³ Cf. «Me preguntas que cómo Jesús, que trasciende todo, había podido hacerse un ser igual que todos los hombres. Pues respondo que ahí se le llama hombre no como Causa de los hombres, sino porque lo es verdadera y totalmente. Pero no circunscribimos a Jesús meramente en cuanto hombre, porque, efectivamente, no solamente es hombre —si solamente fuese hombre tampoco podría ser Supraesencial—, sino que es un verdadero hombre que ama a los hombres de una manera muy especial, que es Supraesencial y superior a los hombres y es uno de los hombres por haber tomado la naturaleza humana. Pero el eternamente Supraesencial en nada ha visto aminorada su desbordante Supraesencia, ciertamente debido a esa abundancia la Supraesencia asume verdaderamente el ser, se hace Ser superior,

nosotros tenemos de persona, pero no se puede evitar la palabra humana «persona». ¿Quién puede decir qué es el *tú* que le decimos a Jesús, que le decimos al Misterio —«Tú, oh Padre»—, quién puede decir qué es ese *tú*? Pero si no le dijéramos *tú*, no podríamos dirigirnos adecuadamente ni a Dios ni a Cristo, no les trataríamos bien, porque dejaríamos de usar la palabra más adecuada del vocabulario humano que tenemos para indicarlo.

Estas palabras os llegan como pueden y, en lugar de «en el oca-so fúlgido», pueden llegar a una ciénaga de aburrimiento, bruma y modorra. Todas las palabras que os decimos os llegan como pueden, porque cada cual las recibe según el crisol de su alma: si las deja o no las deja pasar; si se para en la contrafigura, generando una confusión ulterior, o si se purifica dejando que la contrafigura deje paso a la verdad.

pp. 233-234 La conciencia es la capacidad que el hombre tiene de reunir todas las cosas en unidad con su destino, con su origen y su destino, y por eso, es el instrumento del Creador para cumplir su obra.

La primera palabra que se dice en el texto no es «caridad» u otra palabra específica, sino una palabra genérica; veremos más adelante que es importante decir que es genérica (genérica puede indicar algo abstracto, pero también algo que abarca muchas otras cosas). La *conciencia* es esa capacidad que el hombre tiene para mirar las cosas según todas sus cualidades pero, sobre todo y en último término, para individuar la cualidad suprema: cómo se relaciona este particular con el destino. La conciencia del hombre reúne todas las cosas en unidad con su destino; no une el ojo con su destino, la nariz con su destino:

Hombre superior que hace las cosas propias del hombre. Pues en efecto, para decirlo brevemente, Él no era un hombre no porque no fuese hombre, sino porque entre los hombres era un ser Superior a los hombres y siendo superior al hombre se había hecho hombre» (Dionisio el Areopagita, Epístola IV, en *Obra completa*, BAC, edición a cargo de Teodoro Martín; Cf. *Patrología greca*, III, París 1889, col. 1071-1072).

une el ojo con la nariz, la oreja, el cerebro, la hipófisis, etc. (es decir, lo humano); luego lo humano con los árboles, con la naturaleza; luego con el mundo entero, y lo conecta con su destino.

¿Qué implica esta frase? Que el destino es uno para todo. ¿Qué significa esta frase? Que todo depende del Misterio que lo hace todo. Todo depende de Otro, todo.

La conciencia ve todas las cosas e inmediatamente siente la necesidad de relacionarlas entre sí y de unir las, de reunir las —es más bonito— frente a su destino común. Un destino común que es su origen común. El destino de todas las cosas es el Misterio que las hace, del que nacemos (pensad en qué verdad es que nuestro destino, como hombres, no son nuestros padres; nacemos de ellos pero no son ellos nuestro destino).

La conciencia une. Ser conscientes de pertenecer a un pueblo significa concebarnos en unión con todos los que nos rodean. Se habla de conciencia de clase⁴... cuando estábamos en el seminario, cada clase rivalizaba un poco con las otras, y en esa confrontación se expresaba nuestra conciencia de pertenecer a esa clase (Manfredini era el líder por antonomasia, el *dux* de nuestra clase, ¡con sus discursos desde el Palacio Venecia!⁵).

Quisiera comunicaros gota a gota el significado de estas palabras importantes porque, cuando se llega a entenderlas, es como quitarse de los hombros una mochila pesada al final de una larga excursión en la montaña.

La conciencia «va tomando conciencia» pero también une, reúne: no puede tomar conciencia del ojo sino en cuanto está unido a todo lo demás. Por eso, el marciano que aterriza a media noche en la tierra, entra en la gran sala anatómica y ve allí, abandonada en una esquina,

⁴ El autor se refiere a la terminología marxista en boga en esos años.

⁵ Cambiando de tercio, el autor habla de los años de seminario y atribuye a su compañero Enrico Manfredini, que más tarde sería arzobispo de Bolonia, el rol de líder de la clase, bromeando con sus arengas, en analogía a las del período fascista desde el Palazzo Venecia en Roma.

¿Se puede (verdaderamente) vivir así? LA CARIDAD

En 1994 salió a la luz por primera vez *¿Se puede vivir así?*, el volumen en el que se recogían las conversaciones de monseñor Luigi Giussani con un grupo de jóvenes que habían decidido comprometer su vida con Cristo en una forma de entrega total. El texto, por su forma de comunicación directa de las cuestiones fundamentales de un camino de fe, tuvo un gran éxito y se difundió entre creyentes y no creyentes. A modo de comentario, *¿Se puede (verdaderamente) vivir así?* propone diálogos sobre aquel texto entre el autor y otros grupos de jóvenes: una verdadera «escuela», en la que se tienen en cuenta al máximo la altura de la razón y las necesidades del corazón.

«La gratuidad es la dote —no una dote, sino la dote— de Dios, la dote del Ser. El Ser lo da todo a manos llenas, da la vida gratuitamente, sin exigir nada a cambio, sin calcular nada. La gratuidad es el corazón de Dios. Ser gratuito es participar de la intimidad de Dios, de su íntima naturaleza divina; no solo conocerla sino participar en ella». Giussani continúa su diálogo abierto en este tercer y último volumen dedicado a la caridad, junto con su condición esencial, el sacrificio, y su consecuencia práctica, la virginidad.

Depósito Legal: M-7109-2025



ISBN: 978-84-1339-227-1

